

Punto Negro
Rubén Varona
Texas Tech University

Regresé a casa a las dos de la mañana, luego de estabilizar a un paciente que entró desnudo a la capilla de San José y se arrojó sobre las veladoras del altar; lo único que llevaba consigo era un libro de tapas duras. ¡Malditas hormigas! ¡Quémenlas! ¡Quítenlas de mi cuerpo! ¡Hormigas! ¡Quémenlas! Se clavó en el pecho un candelabro. El cura y otros feligreses tuvieron que agarrarlo por la fuerza para que no se hiciera más daño.

Uno de los enfermeros bromeó al decirme que, antes de internar a aquel hombre que claramente sufría de episodios de pánico, debíamos fumigar el pabellón psiquiátrico: justo esa semana una familia de escorpiones había anidado en la cabeza de María Jimena Soler, la de la cama 30, y un aguacero de luciérnagas era el culpable de las pecas en los hombros de doña Aurora.

Esa noche no me sentía yo mismo. En mis 20 años como psiquiatra, ningunos labios amoratados me habían espantado el sueño y, los gritos de un paciente, por destemplados que fueran, jamás habían tenido eco en mi cerebro: ¡Malditas hormigas! ¡Quítenlas de encima! El libro, ¿qué se hizo el libro? ¡El libro! No podía ser posible. Yo había tratado enfermedades espantosas y librado mil batallas con la muerte.

Quise saber lo que leía aquel pobre hombre alucinado. Saqué de mi maleta el libro que me entregaron las enfermeras y lo abrí en la única página que se encontraba doblada. Allí comenzaba el relato *El Horla*, de Guy de Maupassant.

Desde que comencé a leerlo, apenas conseguí apartarlo de mi rostro para cambiar la página; era como si de alguna manera hubiera caído preso de aquella presencia invisible que lleva al protagonista a suicidarse. ¿De dónde provenía toda esa angustia? Pasé la noche en vela. ¡Malditas hormigas! ¡Quítenlas de mi cuerpo!

A las nueve de la mañana debía realizar las consultas de rutina. Me bañé por largo rato con agua fría, como si pudiera acallar los gritos del paciente y quitar de su cuerpo las hormigas rostizadas.

Me tomé un café negro y salí al paradero de buses. No tenía ganas de conducir, tampoco de pedir un taxi por teléfono. ¡Un poco de aire fresco me haría bien! Cuando estaba allí, escuché el cantar de un gallo; sí, de un gallo. Miré para todas partes pero no había nada, no había nadie. Segundos después, apareció un microbús que decía: HOSPITAL UNIVERSITARIO. Se detuvo. No debía abordarlo, lo presentía, pero la misma fuerza que me guió entre las páginas del libro que llevaba bajo el brazo, me llevó a desafiar mis premoniciones.

Adelante doctor, usted no tiene que pagar el pasaje. Era un chofer simpático, anacrónico, pues escuchaba a Mozart en lugar de a Daddy Yankee. ¿Me había llamado doctor? Su rostro no me era del todo ajeno, debía conocerlo de algún lugar, y no precisamente de La Mancha. Tal vez no, en estas tierras no se necesita ir a la universidad para que te

llamen *doctor*, ni hacerte empresario para que seas *patrón*, y sólo hacen falta algunas curvas para que te coronen y seas la *reina*.

Caminé por el pasillo del microbús con la extraña sensación de ser observado por los pasajeros. Me senté en una de las sillas de la mitad. Los poseídos oboes, los clarinetes y las trompas del réquiem inconcluso que Mozart escribió para sus propios funerales, expresaban solemne tristeza. Escuché una vez más el canto arrogante del gallo. ¡*Quítenlas de mi cuerpo!* Brinqué del susto. El libro de Maupassant resbaló de mis manos y fue a parar junto a la sandalia de mi compañera de asiento, quien apestaba a sahumerio. Me agaché para recogerlo y, en sus piernas, descubrí un horroroso punto negro que resplandecía tras una falda corta. No sé cuánto tiempo permanecí mirando aquel lunar que se agitaba como el pecho convulsionado de aquel paciente en pánico. Lo cierto es que el chofer pisó el freno con brusquedad y me hizo golpear la cabeza contra el asiento de adelante. Al quedar libre de aquel hipnotizador, me apresuré a mirar hacia la ventana: el microbús daba la vuelta a una glorieta que no reconocía. Había comenzado a llover.

Réquiem aeternam dona eis, et lux perpetua luceat eis. El tercer canto del gallo, acalló la misa en Re Menor amplificada en los parlantes y doblégó mi cuello. A aquel punto espantoso le habían brotado antenas y patas que se multiplicaban devorando la pierna de mi compañera de asiento: ¡*Hormigas!* ¡*Quémenlas!* ¡*Por Dios!* ¡*Quémenlas!* Ella se articuló cual marioneta, el frío de sus dedos me alzó el rostro:

—Has llegado a tu destino.

Las secas lunas de sus ojos se posaron sobre los fagots, trombones, trompetas y timbales que recordaban que la vida inicia con la muerte del cuerpo. El microbús se detuvo. A través del espejo retrovisor, sonreían los labios amoratados del chofer que no me cobró el óbolo del pasaje.

Descendí con el libro bajo el brazo. Las pesadas gotas de lluvia castigaban el pavimento y levantaban un vapor de inmundicias.